

## Todos los santos\*

Común, aquel día de Todos los Santos. Un domingo de nuestra infancia. El sol tostando Río de Janeiro. La ciudad quejándose del calor que comenzaba, un buen estirón por delante hasta las aguas del final del verano. Las personas en sus casas elongando los músculos, haciendo crujir las articulaciones, permitiéndose unos instantes de pereza en la cama, un poco más atentas al pormenor del amor, a la gracia del café: aprovechando un diario sin apuro, un disco en la victrola, una canción que surgía casi como sacada de dentro del sueño.

Para nosotros, el domingo era día de feria. Día de agarrar la bolsa de hacer compras e ir a buscar tomates, repollo, mandioca, ananás, naranjas, flores también si había disponibles. *¡Hoy tenemos mango grande al precio del chico!* A Mauro y a mí nos gustaba acompañar a nuestro papá a la feria. Él nos dejaba comprar un paquete de galletitas de yuca. Llevaba dos grandes bolsas de arpillera, que volvían pesadas.

Y sin embargo, qué sorpresa nos tenía reservado ese día, ¿no es cierto, André? Hoy, cuando miro hacia atrás, habiendo pasado ya tres décadas, me doy cuenta de que el bicho estaba allí, pisando nuestros talones. El bicho que, de ahí en adelante, amenazaba con alcanzarnos y mordernos. Nunca se iba demasiado lejos, ni siquiera en esos largos períodos en que creíamos haberlo despistado.

Hay siempre un momento en la vida en que, tarde o temprano, ese bicho se manifiesta. Y debemos ser rápidos para que no nos agarre. Dicen que es así que se comienza a ser adulto. Para nosotros tres, coincidió con ese domingo.

No quiero decir con eso, claro que no, que seamos esclavos del propio destino, André. Que todo esté trazado de antemano, que no tengamos la opción de dar vuelta a la izquierda en vez

\* Fragmento de novela homónima publicada por Alfaguara en 2019.

de hacerlo a la derecha, o incluso de arrepentirnos y volver corriendo por el camino en busca de encrucijadas pasadas, verlas otra vez, reexaminarlas a la luz de eso que nos ocurrió después. Rehacer elecciones, con un poco más de sabiduría. Al fin y al cabo, somos responsables de los pasos que damos, ¿no te parece que es así?

¿No pensás eso?

Pero acerca del bicho que pisa nuestros talones, nada podemos hacer, ese bicho siente el olor del miedo, del sudor, de la sangre, y una vez que su olfato se excita no deja nunca más de perseguirnos. A veces nos da la impresión de que se despista, puede hacerlo incluso, pero en breve lo tenemos de nuevo a nuestro alcance. Empieza a formar parte de nuestra historia, se hace prácticamente parte de nuestro cuerpo. Corremos de él pero él es parte de la carrera.

Vivimos una tragedia ese domingo de Todos los Santos, André: ¿cómo sacárnosla de encima? Vos, yo, tu hermana, nuestros padres, los de tu lado y los míos. ¿Cómo imaginar que acabaríamos entrelazados así, al punto de que en algún momento ya mal pudiéramos saber lo que pertenecía a quién? Peor todavía: ¿quién pertenecía a quién?

Hicimos lo que pudimos. Intentamos dar un sentido a las cosas, de reencontrarles un sentido, de acomodar nuestros afectos. Pasaron décadas y sin embargo, aquí estoy, sola, en uno de los lugares más remotos del planeta, este lugar que proyectamos juntos preguntándome que es de tu vida. Intentando recuperar ese tiempo compartido y también nuestros mundos compartidos para ver si hubo un momento en el que efectivamente podríamos haber despistado al bicho, un momento en el que nos hubiese sido posible agarrar con más fuerza esas estructuras que fuimos levantando y en las cuales creíamos con tanta convicción, aunque fueran modestas. Abrazarlas y no dejar que se desmoronen. Nuestra vida juntos, nuestro trabajo juntos, nuestros proyectos. Las familias que se rearmaron y el drama que dejaron fuera para que vaya a golpear a otra puerta. La alegría que recuperamos.

No sé muy bien, André. Solo sé que hacés falta en este lugar remoto y lindo, en esta vida que no sé cómo seguir.

Cada vez que comenzaba el mes de noviembre una niña de nuestra escuela organizaba su fiesta de cumpleaños en la pileta del club, la familia tenía dinero. Invitaba a los compañeros de clase –tanto los que eran sus amigos como los que no lo eran. Pero todos podíamos considerarnos sus amigos porque nos convenía. A veces hasta un hermano o hermana menor se colaba, para disfrutar de la diversión y de la comida gratis, como sucedió ese año.

La niña de las fiestas de cumpleaños en el club ejercía una fascinación impresionante sobre nosotros. Su vida estaba llena de detalles que no cerraban en nuestra imaginación por falta de referencia.

Las vacaciones en el extranjero, por ejemplo. Cómo diablos eran esas vacaciones, nos preguntábamos en las mañanas de la playa de Leme a las que se reducían las nuestras. Le preguntábamos por los aviones y por Disneyworld (diablo de palabra difícil de pronunciar,

ese *rld* que no cabía en nuestra boca) a nuestras raciones de helados Concorde, a nuestras bicicletas gastadas.

Tal vez estuviésemos pensando en lo abstracto de esas vacaciones de cuentos de hadas, mi amiga Francine y yo, cuando en una de esas frágiles tardes de vacaciones en Río de Janeiro vimos a un hombre que estaba debajo de una pasarela del Aterro do Flamengo bajándose el short sucio para sacudir el pene agrandado debajo de una maraña de pelos muy negros. Las dos andábamos en bicicleta y tuvimos un ataque de risa de puro nerviosismo. El hombre se sacudía el pene debajo de la maraña de pelos negros, para que ella y yo lo pudiéramos ver. Y yo le decía a Francine, no está bien que nos riamos pero continuábamos a las carcajadas mientras pedaleábamos con mayor rapidez, con el corazón a los tropiezos. Y todavía mirábamos para atrás, aunque no lo creas. Y el hombre continuaba sacudiéndose el pene.

Un enorme plato en el almuerzo de cumpleaños en el club y litros de guaraná. El plato era el mismo para todos: un bife gordo, embadurnado de cebolla, una montaña de papas fritas, otra montaña de arroz con aquel gusto delicioso de arroz de restaurante que nunca era igual al del arroz hecho en casa.

Los niños no debíamos meternos a la pileta inmediatamente después de comer, era lo que los adultos nos decían. Naturalmente, no les hacíamos caso. Eso de no poder entrar al agua después de comer sonaba a embuste. Mango con leche hace mal, por ejemplo: nos habían explicado en la escuela que ese mito venía de los tiempos coloniales de Brasil, cuando los mangos abundaban pero la leche no, y los latifundistas no querían que los esclavos tomaran leche a voluntad. La advertencia de que no se podía entrar al agua inmediatamente después de comer debía tener algún motivo igualmente turbio por detrás. No era para obedecer. Era la edad de comenzar a desafiar, para entrenar los músculos, para saber hasta dónde podíamos llegar sin levantar sospechas.

Vi de lejos a tu hermana Isabel sentada a la orilla de la pileta. Ella observaba el agua, los ojos perdidos allí dentro. Una niña siempre tan callada, a mí me parecía un poco extraña, para ser sincera. Ella todavía no había entrado a la pileta, solo se quedaba a la orilla vestida y todo. Nosotros chapoteando la mañana entera y ella afuera sin mojarse. Pantalón largo, imagínate. ¿Debía decirle algo?

Me le acerqué. Había terminado de comer y parecía hacer caso en todo, aunque podía ponerme rebelde en perfecto anonimato, si quisiera, ya que la pileta del club era grande y estaba razonablemente llena (el uso no era exclusivo de la cumpleañosera y de sus invitados). Y los niños estaban ya corriendo alrededor de la pileta, jugando a las escondidas, algo así, vos sabés que los niños nunca se quedan quietos.

Fui andando por la orilla en dirección a Isabel. Ella seguía con los ojos a los niños que corrían alrededor de la pileta. El cabello atado en una coleta, el flequillo cayendo en cascadas sobre la frente sudada. Su rostro era rellenito, muy moreno, y estaba colorado por el sol y

el calor. Los brazos algo rollizos salían de una camiseta que me daba la impresión de que le quedaba chica.

El reflejo del sol diseñaba unas viboritas blancas en la superficie del agua, y sus sombras oscilaban en el fondo azul. No sé por qué reparé en eso, pero todo parecía bailar. Era bien bonito. ¿Viste cuando nos distraemos, cómo aumenta o disminuye el foco de lo que percibimos normalmente, como si el mundo se presentara de otra manera? La sensación es la de que hay varios mundos que coexisten y se interpenetran. Y nosotros vivimos en aquel en el que nos acostumbramos a vivir.

Intercambiamos una mirada, Isabel y yo. Podíamos ser dos extrañas en un ómnibus o en un ascensor y cruzar una mirada incómoda, de esas que advertimos rápidamente quitando los ojos del lugar. Pero fui a sentarme a su lado y sacar un tema para conversar. Y me parece que ya estaba todo ahí, en esa mirada inicial difícil de leer. Todos los años futuros, que nos dieron y nos robaron tanto.

En medio del alboroto que siguió (fue todo tan rápido, todo sucedió tan de sopetón, ¡cielos!), ella y vos deben incluso haber visto a los adultos desesperados, histéricos, sacando el cuerpito blandengue de mi hermano de la pileta. Los brazos y las piernas flaquitas que eran suyas. En pocos segundos, la pileta del club se llenó de gente, y yo no podía entender por qué Mauro estaba de esa manera.

¿Entonces no se trataba de un mito y en verdad se podía morir solo por haber comido más de lo debido y después entrar al agua? Pero él no estaba en la pileta, estaba corriendo por la orilla, ¿no era así? ¿Qué había sucedido? No entendía. Mauro, por lo visto, había desafiado con gran estilo la orden recibida, él, nuestro pequeño eximio nadador, que no podía ver una pileta sin que le dieran ganas de arrojarlo dentro desde que era pequeñito. Allí estaba él, como si fuera un muñeco de trapo, todo maleable. Como si alguien hubiera desinflado su cuerpo, extraído a Mauro de dentro de Mauro. Allí estaba él, y al mismo tiempo no estaba. Muchas veces, después de ese día, sentí una rabia inmensa, inmensa. De él, de Mauro, por supuesto. Rabia de él. ¿Quién lo mandó, carajo? ¿No podía esperar un poco antes de nadar de nuevo? ¿No podía sentirse mal sin llegar a desmayarse? ¿No podía desmayarse pero de una forma que llamara la atención de alguien que estuviera cerca?

Aprendí a hablar de ese tema, como vos sabés, André. Lo conseguí a duras penas. Aprendí a usar las palabras correctas, que son las únicas que sirven. Es como si el dolor lograra hacernos perder las ceremonias. Dejamos de lado los floreos, los no-me-toques, los guantes de seda. El vocabulario del dolor va directo al meollo.

Diversión y comida gratis, un domingo común en Río de Janeiro. Día de Todos los Santos. La ciudad quejándose del calor que comenzaba, un buen estirón por adelante hasta las aguas del final del verano. ¿Cómo fue el domingo de ustedes dos, el tuyo y el de Isabel, a partir de ese

día? ¿A partir del momento en que nos separamos, en que descosimos una de la otra nuestras tragedias individuales y fuimos a endurecerlas en otra parte?

Llegó la ambulancia. Isabel y vos llamaron por teléfono desde la secretaría del club a Lía para que los fuera a buscar. Los dos y un grupito más de niños asustados, sin intercambiar una sola palabra, llamando por teléfono a sus padres y madres para ser socorridos. Hacían cola, súbitamente disciplinados. Ese acontecimiento suspendido entre ustedes como un grito que ordenaba callarse la boca como los gritos que a veces oíamos de los adultos y que después permanecían como un eco que se desvanecía en nuestros oídos.

Isabel y vos caminaron de regreso a casa en silencio. Lía iba adelante, en esa época ella se teñía de rubio, lo que para mí era ridículo. Me parecían ridículas todas las mujeres que se teñían el cabello de rubio. El de ella era bien corto. Todo en ella era corto: el cabello, los shorts, las polleras, los vestidos. Ustedes pasaron por la joven que vendía caramelos en un kiosco.

¿Van a querer, niños? ¿Caramelitos?

Los dos dijeron que no con la cabeza. Lo inoportuno de la oferta daba miedo. No había cómo ser leales a sus instintos. Lía ni siquiera oyó.

Vos agarrado al muñeco Falcon que te habían dado de regalo para el Día del Niño, y que habías llevado a la fiesta del club –un pequeñito trofeo de felicidad ahora tan sin sentido. Muy quieto, ojos inmensos, la manito transpirada todo el tiempo dentro de la mano de Isabel.

En el futuro me harías un relato tan pormenorizado de esa caminata de regreso a casa. Nuestras tragedias individuales, pequeñas e inmensas, quedarían fermentando por tanto tiempo, por tantos años, hasta ponerles punto final.

Lía se sentó en el sofá al lado de ese teléfono mostaza que ustedes tenían en el comedor (por alguna razón me acuerdo tan bien de él, de ese teléfono mostaza que existió en nuestras vidas por tantos años) y permaneció a la espera. La espalda arqueada. El ceño fruncido.

Una de las otras madres llamó más tarde. Lía pronunció media docena de palabras cortas, colgó, llevó las manos a las sienes, cerró los ojos y dio un largo suspiro. Los términos técnicos ella no los quería pronunciar delante de ustedes. Eran las palabras de una pesadilla. Fueron las palabras de una pesadilla.

Más tarde nos explicaron –más tarde, cuando ya estábamos más o menos en condiciones de oír, y con las palabras apropiadas para los niños que éramos– que el problema no estaba en comer más de lo que se debía y después entrar al agua. Eso era un mito, realmente, por lo menos en parte. El problema de Mauro es que se había metido a nadar, y que cuando eso pasa, se puede sufrir un desmayo. ¿Un desmayo dentro del agua? Sí, dentro del agua. Porque el cuerpo tiene necesidad de trabajar para digerir toda esa comida, y si encima se pone a hacer ejercicio, no puede hacer las dos cosas al mismo tiempo. Puede llegar menos oxígeno al cerebro, dijo un adulto, algún primo de segundo grado que era médico, y producirse el desmayo. Alguien contó incluso que los niños estaban corriendo por la orilla de la pileta (los adultos dijeron que no entraran a la pileta: nadie prohibió correr por la orilla). Pero él entró a la pileta –digamos que corría por la orilla y

de repente se metió a la pileta: ¿nadie lo vio? ¿Cómo puede ser posible que nadie lo haya visto, nadie miraba? Mi primo de segundo grado agarrando mi mano, apretando los labios. Había mucha gente en la pileta, él debe haberse sentido mal y deben haber creído que estaba jugando, ¿no es eso? ¿Habría sido eso? ¿Viste cuando los niños hacen la plancha boca abajo?

Al día siguiente era feriado de Difuntos, era normal que Lía los llevara al Cementerio de Cajú donde su abuelo estaba enterrado. Tomarían el ómnibus bien temprano, con el objetivo de sortear el tránsito y la aglomeración, en la medida de lo posible, pero no podía sospechar que tu hermana y vos creyeran que debía haber algo de penitencia en eso. Una deuda con los muertos, que ni siquiera sabían haber contraído. Año tras año pagaban una promesa.

Isabel temía aquel 2 de noviembre, lo sé. Detestaba visitar el cementerio. Todos los años, mientras caminaban en medio de las tumbas, un calor endemoniado, lo que más la conmovía era la soledad de las osamentas debajo de tanto cemento y piedra, la ciudad vibrando completamente ajena a su alrededor. Quería pedir que cuando muriera la pusieran en cualquier lugar menos en un cementerio, pero pensaba que Lía se podía ofender.

En ese tiempo, ustedes tres –Isabel, Lía y vos– vivían en ese departamento de dos habitaciones en el barrio de Flamengo que no llegué a conocer, a no ser por las descripciones que me hacían. Tu papá, Cícero, vivía en el Maracanã, donde ustedes iban a menudo. Cícero siempre un tanto coadyuvante en tu historia, nunca entendí muy bien por qué. Pero siempre tan gentil. Él era enfermero y tenía unos horarios medio raros, me acuerdo. Guardias, esas cosas.

Todos ustedes medio agarrados de los dientes, como nosotros, sin un pedacito de Disneyworld o cosas de ese tipo, la vida en Río de Janeiro exigiéndonos más y más a cada año que pasaba. El lema positivista de la bandera nacional rezaba orden y progreso, pero las dos cosas parecían estar siempre en falta, de acuerdo con el mundo adulto que nos rodeaba – Brasil, blasón de América, iluminado al sol del Nuevo Mundo: imposible aprender de memoria la letra de nuestro himno, nada de aquella letra tenía sentido para nosotros mientras balbuceábamos cualquier cosa, formados en fila en los actos escolares. Y como si fuera poco, ese himno siempre tenía una estrofa más y otra más, y otra más, yo solo sabía de memoria el comienzo.

En mi casa, los gastos de la familia apenas alcanzaban para ir al cine de Paisandu los sábados y nada más allá de eso. Nuestra madre nos llevaba, a ella le encantaba el cine, de vez en cuando contaba que por poco no había intentado carrera como actriz y a mí me parecía que siempre que lo hacía imaginaba que lo estaba contando por primera vez, saboreando una aventura que no había sucedido, pero saboreando también el gustito amargo del fracaso. Es una especie de comodín, el fracaso, ¿no te parece? Mauro y yo recibíamos una mensualidad que pagaba una u otra novedad en la librería de Don Costa y los caramelos 7 Belo a la salida de la escuela (después se difundió esa leyenda de que los carameleros vendían caramelos inyectados con cocaína para drogar a los niños, entonces comenzamos a comprar directamente en el mercado, lo que no tenía ni por asomo el mismo encanto).

Mauro tenía nueve años, yo tenía once. La misma edad tuya y de Isabel, la misma diferencia. En nuestro departamento un poco menos modesto que el de ustedes, Mauro y yo teníamos cada uno su habitación. La de las niñas a un lado, la de los varones del otro lado –decían que era así en nombre de la decencia, niños y niñas no deben dormir juntos cuando comienzan a crecer, era lo que decían. Ahora bien, vos e Isabel compartían la misma habitación, y en la otra Lía dormía el leve estigma que todavía cercaba a las mujeres divorciadas, poco antes de la debacle general de casi todos los casamientos a nuestro alrededor. Lo que a nosotros, particularmente, nos dejó como herencia un ni-siquiera-lo-vamos-a-intentar (en general, las separaciones eran feas) y una tendencia generalizada, por así decir, a la pluralidad.

No eran tantas así en ese tiempo, las «familias interrumpidas», expresión que mi mamá usó alguna vez. Sin saber qué es lo que efectivamente interrumpía una familia.

La mayor parte del tiempo, me gustaba tener a Mauro cerca. En ocasiones existía entre nosotros la hostilidad típica que se da entre hermanos, pero él era un aliado, más que cualquier otra cosa. Nos atrincherábamos uno contra el otro con mayor frecuencia cuando éramos más chicos. Después, reorganizamos nuestros afectos. Redistribuimos nuestros ejércitos, como aquellas piccitas coloridas del juego de War. Inclusive, en la época en que mis padres se reunían con los amigos para jugar War, a veces mi papá me pedía que fuera sigilosamente a ver cuáles eran los objetivos de los otros jugadores. Yo paseaba mi cinismo entre las sillas de los invitados, aguzaba el ojo y me sentaba después en su falda llena de informaciones confidenciales, como las espías soviéticas de las películas. Hubo una vez, una única vez, en que tuve una crisis ética y le pregunté si eso estaba bien. Mirá, Vanessa, me dijo. En el amor y en la guerra, hija mía, vale todo.

Vos pediste dormir con la luz prendida la noche que siguió a la fiesta de cumpleaños en el club. La habitación nunca quedaba oscura del todo porque las luces de la calle se filtraban por las persianas y la cortina las dejaba traslucir. Pero aquella noche le pediste a Isabel que dejara el velador prendido.

Isabel, le dijiste, algún tiempo después de acostarse.

¿Qué pasa, André?

(Silencio)

Nada, dijiste.

Decime, André.

No, nada.

Isabel tendría que haber insistido. Pero ella también se calló.

¿Qué habría cambiado si hubieran conversado, aquella noche? ¿Aunque más no fuera un poco, pero conversado al fin y al cabo? ¿Y esta danza que existe desde entonces entre nosotros, en que paso estaría? ¿Hubiésemos hecho parte, de algún modo, de la vida uno del otro? ¿O a esta altura seríamos prácticamente extraños?




Palabras. Un puñado de ellas podría haber sido suficiente. ¿No es lo que pasa casi siempre, André? Un puñado de palabras es suficiente, muchas veces. Para hacer, para deshacer. La improvisación de media docena de ellas y allá se va la melodía en otra dirección, el pianista cambió de tono, el baterista subdividió los tiempos.

Pero esa noche, pensándolo bien, fue como si el tiempo hubiera pasado de otra manera — así me imagino la escena. Isabel y vos acostados sin hablar. El ventilador de techo girando y amortiguando el ruido distante del tráfico, dejando pasar solo una u otra frenada brusca de algún ómnibus. De vez en cuando un perro ladrando en algún departamento. Una puerta golpeando. Y el resto un silencio contenido, denso. **C**

Traducción del portugués de *Miguel Koleff*.

A un lado por la izquierda estaba el agua horizontal  
 con el pasto mojado que se veía cruzando  
 el límite de la superficie medio borroso y embriagado  
 al arregar el viento la moldura del lago. Paralizado  
 estaba adentro mirando honesto y blandido  
 a toda emoción que no fuera la invitada.

Intempestivamente un  
 pequenísimo objeto cruzó el límite y se fue bajando hacam-  
 dose hasta acostarse junto a la boca  
 de la CUBA. ¡digo intempestivamente porque  
 antes no se había nunca sabido que eso era también  
 posible, esa forma y conducta de cruzar por el límite prohibido  
 como quien vuelve de alguna parte y entra a



su cara rompiendo el cristal  
 filosas  
 sin sacar sangre  
 Pero una vez dentro  
 ya no tuvo mas dudas y pasa a través de las puntas  
 serena y pausadamente por toda la casa ignorada.  
 Se enredó en una cortina, en los flecos y borlas, con los  
 cordones de sus zapatos, los botones del chaleco  
 la cadena del reloj. Se quedó quieto, alrededor la  
 noche, prisionero como antes entre las  
 rejas del cortinado y sin un fosforo, clavado  
 un anzuelo entre los dientes y el paladar  
 y maniobrando con los flecos y las borlas  
 para desmenuzarse y ver lo que faltaba: la  
 cocina que recordaba de 20 años atrás  
 por donde se escapaba para ir al lago  
 y tirarse en el pasto a mirar el límite pero desde  
 el otro lado, desde afuera y con sueño.

Del libro *Cuadro escrito*, con manuscritos de 1964 a 1980.